

tercera pirámide, pero fué piadoso, justiciero y bueno." La historia, tal como nos la han revelado los monumentos, está muy lejos de la leyenda. El verdadero Cheops abrió varios templos, protegió el culto de Isis y fué amado de los dioses; entre él y Kephren, hubo otro rey, Do-dewrá de cuyo reinado fugaz no han quedado huellas; Kephren era apellidado "Hor-el-bueno, el de poderoso corazón" y de la tradicional piedad de Mikerinos, también quedan vestigios. Sin embargo, la enorme cantidad de gente que necesitaron los faraones de la IV dinastía para sus construcciones, hace hasta cierto punto probable el fundamento de la tradición legendaria. Se han encontrado estatuas de Kephren mutiladas en algunas revueltas quizá. Nada puede asegurarse en resúmen.

Lo repetimos, la cultura egipcia, en la época de las pirámides había llegado muy alto. En edificios especiales existían grandes bibliotecas, estaban entonces escritos ya los libros de medicina, que contenían recetas consultados con fruto por los médicos griegos largos siglos después; las teorías sobre los soplos vitales que comunican su movimiento al organismo, eran las más aceptadas; también ponían los médico-sacerdotes en uso fórmulas mágicas para conjurar á los espíritus, sobre todo cuando se trataba de la epilepsia, el *divinus morbus* de los latinos.

La filosofía nunca llegó entre los egipcios á las nebulosas regiones de la metafísica; se detenía en la moral práctica y en este terreno llegó á enunciar máximas admirables. De ello es una prueba el *Papyrus Prisse* que puede considerarse como el libro más antiguo del mundo. En geometría, en astronomía, los adelantos eran inmensos ya; los egipcios de la IV dinastía conocían la distinción entre las estrellas y los planetas, y el movimiento de éstos. Los nombres de los planetas principales eran Hor, guía de los espacios misteriosos; Har-tap-scheta-u, nuestro Júpiter, puesto por su brillo á la cabeza de los

planetas; Hor, regenerador de las alturas (Har-ka-her) Saturno; el Hor rojo, Harmakhis; Sevec ó Mercurio; y Venus, en fin, llamado Donau, como estrella de la mañana, y Beunu como estrella de la tarde. El más importante de todos estos astros era Sothis, el santo de Isis, (Sirio.) Su salida heliaca marcaba á la vez el principio de la inundación y del año civil. El período sóthico era de 1161 años, al cabo de los cuales el principio del año civil coincidía de nuevo con el año astronómico. Entonces se celebraban fiestas solemnísimas.

Aseskau, sucesor de Menkera, fué, según parece, uno de los más grandes legisladores del Egipto; promulgó algunas leyes civiles de las que Herodoto menciona una que permitía al hijo empeñar la momia de su padre.

Vª dinastía.—Los reyes de la quinta dinastía continuaron la obra de sus predecesores. Se consagraron á levantar pueblos, á fundar ciudades, á construirse sepulcros y á hacer excursiones al exterior contra los habitantes del desierto líbico, ó contra los árabes, para preservar las minas de oro y de turquesas que los faraones poseían en la cercana península del Sinaí. No siempre era posible conservar estas minas, lo que sucedía por regla general en época de revueltas interiores, como las que precisamente sobrevinieron durante el reinado de los últimos faraones de la Vª dinastía.

VIª dinastía.—La Vª dinastía se extinguió en medio de una convulsión interior. Abydos, la tumba de Osiris, alzó banderas por el rey Usor-ka-ra. Aunque éste pereció asesinado por uno de sus guardas, fincó en su descendiente Meri-Ra-Papi I la corona de Egipto. La ciudad rebelde tuvo la predilección de la nueva dinastía, que sin abandonar por completo á Menfis, dió incremento á las ciudades del Medio y del Alto Egipto. Papi I, ayudado de su gran ministro Una, llevó las armas del reino á los pue-

blos comarcanos, sometió la Ethiopia, reconquistó el Sinaí y dió impulso al progreso del país que cubrió de monumentos. Una, el favorito de Papi, fué el principal artífice de la prosperidad del Egipto. El rey le encargó de buscar para su sarcófago un monolito blanco, favor solo acordado á los amigos predilectos de los faraones que fué el principio de su grandeza. Una reclutó entre la multitud de tribus negras circunvecinas un gran ejército; con él conquistó la Nubia y entró en el Sur de la Siria, en donde dominaban los Herousha, con un ejército de *muchas veces diez mil hombres*. "Ese ejército, dice el mismo Una, marchó en paz, entró como le plugo en el país de los herusha; ese ejército marchó en paz, arruinó el país de los herusha; ese ejército marchó en paz, abrió brechas en todas sus plazas fortificadas; ese ejército marchó en paz, arrasó sus higuerales y sus viñedos; ese ejército marchó en paz, incendió todos sus trigales, destruyó por millares á sus soldados y volvió trayendo prisioneros á los hombres, las mujeres y los niños de los herusha, cosa que alegró mucho á Su Santidad (el faraon)." Después de este modo singular de marchar en paz, Una, el amigo del rey, el vigilante de los profetas de la pirámide fúnebre, el hijo de Hathor (cuyo templo ante-histórico había reconstruido,) vió morir á su señor, sin dejar por eso su alto puesto durante el reinado de Mer-en-Ra, sucesor de Papi.

Mer-en-Ra encontró al Egipto en la cima de la prosperidad. Una, gobernador del país del Sur desde Elefantina hasta el vértice del Delta, no tuvo otra gloriosa empresa que la de buscar los materiales de alabastro y de granito para el templo-sepulcro del nuevo rey; para conducir esos materiales, hubo necesidad de construir canales, de echar al agua flotas enteras y de traer las piedras y las maderas desde el corazón de la Ethiopia. Cuando hubo concluido su obra gigantesca, Una murió, y poco después de él el rey Mer-

en-Ra. Su sucesor Papi II vivió en paz cerca de 100 años. Mentensau fué muerto en una asonada, y para vengarlo, su hermana Nitaqrit convidó á los asesinos á un banquete, y haciendo entrar á la sala por un conducto oculto las aguas del Nilo, los hizo perecer á todos y se dió la muerte en seguida. Nitaqrit acabó de construir la pirámide de Mikerinos, la revistió de syenita y se hizo sepultar en un sarcófago espléndido, en un piso superior al ocupado por Mikerinos. La leyenda griega ha hecho de Nitaqrit la bella cortesana Rhodopis; á la sazón que se bañaba en el Nilo, un águila arrebató una de sus sandalias y la dejó caer en las rodillas del faraon. Admirado éste del prodigio y de la belleza de la sandalia, hizo buscar por todo el Egipto á la dueña de aquella prenda. Así fué como Rhodopis llegó á ser reina de Egipto. Su espíritu, según los primeros cristianos, en forma de mujer desnuda, vagaba en torno de la pirámide de Mikerinos. ¡Desgraciado del que á la bella fantasma se acercaba: enloquecía de amor y moría!

VIIª, VIIIª, IXª y Xª Dinastías.—A la muerte de Nitaqrit sobrevino un período de revueltas, y hubo varios reinados fugaces; los monarcas de los nomos principales lucharon contra los reyes de Menfis. Heracleópolis (la Haknensuten de los antiguos egipcios, la Ahnas-el-Medineh actual) magnífica ciudad situada en el corazón mismo de la Heptanómide, se sobrepuso á las demás, y de su seno salieron dos dinastías, la IXª y la Xª. La guerra civil concluyó con la supremacía de Menfis.

Algunos nombres nos quedan de esta época en que según Manethon hubo dinastía de 70 reyes que durara setenta días. Entre otros, Nowerkara efímero sucesor de Netaqrit; Ab cuyo reinado fué corto. Nowrus, su antecesor, y finalmente Achtoc es fundador de la Xª dinastía cuyo nombre nos ha llegado en griego, príncipe cruel que ya entregado á la demencia murió destrozado por un cocodrilo.

Periodo Tebano. De la XIª á la XIVª dinastía.—(Es muy incierto el orden cronológico en que se sucedieron los reyes de estas dinastías cuyos nombres nos quedan. La lista que á continuación ponemos, solo puede considerarse como provisional y está sujeta á rectificaciones que el adelanto de la egiptología traerá de seguro consigo.)

XIª Dinastía.—Entew Aa I, Mentuhotep I, Entew aa II, Mentuhotep II, Entew aa III, Mentuhotep III, Entew IV, Mentuhotep IV, Ameni, ???, ???

XIIª.—Amenemhat I, Ussortesen I, Amenemhat II, Ussortesen II, Amenemhat III, Ussortesen III, (Sesostris de Manethon) Amenemhat IV, (Skemiophres de Manethon.)

XIIIª 60 reyes.—Sevekhotep I, Sevekhotep II, Nowerhotep I, Nowerhotep II, Sevekhotep III, Rasmenkaka, Mermeshu?...

XIVª 65 reyes.—Nombres mutilados en el *Papyrus de Turin*,

XIª Dinastía.—El rango á que llegó Tebas, la capital del alto Egipto, fué conquistado lentamente. Los primeros príncipes de la XIª dinastía lucharon contra los soberanos de Menfis hasta hacer descender esta ciudad al rango de capital de provincia. Los monumentos de los primeros tiempos de la época tebana revelan el atraso relativo en que las oscuras ciudades del alto Nilo se encontraban respecto de las brillantes capitales de la Heptanómide. El arte parece estar en su infancia aún; todo es tosco, y como en bosquejo; los títulos son inusitados, hasta el dogma religioso parece agruparse en torno de otros dioses, que ya no son Ra, Phtah, &c. (estos han descendido al rango de dioses provinciales) sino Osiris y Ammon sobre todo, el gran patrono de Tebas. Los fundadores de la XIª dinastía (Entew I, Mentuhotep I) eran descendientes de Papi-Meri-Ra, faraon de la VI dinastía. El primero de ellos que logró someter á su cetro todo el Egipto, fué Mentuhotep IV; pero sus sucesores no

podieron sostenerse en el poder. Algunas pirámides de ladrillo crudo, algunas tumbas violadas, una que otra inscripción es todo lo que nos queda de esta dinastía. De estos mezquinos vestigios puede sacarse en claro que no escasearon las luchas con los bárbaros; que Koptos, ciudad del alto Egipto que se halla en la confluencia de los caminos que llevan al mar Rojo, fué altamente protegida y que se fundó una colonia á orillas de dicho mar. La causa y los detalles de las revueltas que acabaron con la XIª dinastía nos son totalmente desconocidos.

XIIª Dinastía.—Amenemha II, el jefe de esta dinastía logró subyugar completamente al Egipto; dedicóse en seguida á rechazar y á castigar á los libios, á los nubios y á los asiáticos. Reinó despues una paz absoluta. El rey "derramó la alegría desde Abu (Elefantina,) hasta Adhu (el Delta)" Despues de 19 años de reinado, se asoció á su hijo Ussortesen I; el padre fué poco á poco olvidado; desde el fondo de su palacio daba á su hijo consejos llenos de sabiduría que corregidos por un escriba formaron un folleto estudiado todavía mil años despues en las escuelas como un texto clásico de buen lenguaje; este folleto ha llegado hasta nosotros. (*Papyrus Sallier*.) Tambien nos son conocidas las memorias de Sineh, aventurero contemporáneo de Ussortesen que hace de este rey, de su anciano padre y de la inmensa prosperidad del Egipto los más expresivos elogios: "Su país, dice, lo ama (á Ussortesen) más que á sí mismo, y se complace en él más que en un dios; hombres y mujeres se precipitan á rendirle homenaje; reyes, ha mandado desde el huevo. El Egipto parece un país gobernado por un dios benéfico." La mayor parte de los sucesores de Amenemhat siguieron su ejemplo, asociándose á sus herederos desde temprano en el ejercicio del poder.

Amenemhat I y su hijo construyeron una gran línea fortificada que defendía el Egipto

to de las invasiones de los *Shasou*, los beduinos de entónces, que pululaban en los confines de la Siria. Este país estaba poblado por tribus nómades que vivían del pillaje y parecían prontas á desbordar en el fértil valle del Nilo, podía preverse que una gran migración efectuada en su seno había de poner en movimiento aquellos grupos movibles de hombres y ya el anuncio de esta emigración hacia el Egipto podía notarse no sólo en las incursiones frecuentes de los *shasou*, sino tambien en la llegada al país faraónico de familias procedentes de la Siria, que se presentaban en las poblaciones del Delta.

Un bajo relieve de la tumba de Numhotep, en Beni-Hasan, nos representa á un grupo de estos emigrantes; están armados de arcos, carcajes, mazas y lanzas de bronce, y vestidos de medias túnicas; las mujeres llevan botines rojos y los hombres sandalias; las ropas pintadas de brillantes colores, tienen largas franjas. Uno de ellos lleva un instrumento semejante á las liras de la antigua Grecia. Una pasta verde (el hat-chich quizá) y dos cabritos son los presentes que destinan al nomarca. (Lepsius-Denkmal.) La vida de estos *beduinos*, como se llamarían hoy, nos ha sido revelada en gran parte, por las memorias de Sineh, aventurero egipcio que vivió entre ellos y que acabamos de citar. Nómades, entregados al pillaje y á las hazañas guerreras, en los confines de la Arabia y de la fértil tierra de Canaan sólo uno que otro de ellos arrai gaba por algun tiempo sus aduares en el suelo. Esto no impedía que las artes hubiesen llegado entre ellos á cierto estado de adelanto, como la elegancia de los trajes y de los objetos artísticos del bajo relieve de Numhotep lo revela. En resumen, la vida de estos hombres era la misma que la de los beduinos de hoy.

En los 213 años, un mes y veintisiete días que duró esta dinastía, se llevaron á cabo

obras de gran utilidad; las razas negras que ocupaban la Ethiopia fueron rechazadas sin cesar y empujadas cada vez más hacia el desierto; las fronteras del Egipto fueron llevadas hacia el Sur, y en el límite á que alcanzaron hizo construir Ussortesen III, (el Sesostris de Manethon,) dos fortalezas que parecen por una circunstancia singular construidas conforme á las reglas del moderno arte militar.

Ussortesen III es uno de los faraones que han gozado de más popularidad en el Egipto, y el templo en que era adorado, y que Toutmes III (XVIIIª dinastía) mandó reparar, existe aún.

La gran preocupacion de los reyes de la XIIª dinastía, bajo los cuales el Egipto llegó al apogeo de la felicidad, fué la regularización de los fenómenos del Nilo. Las marcas que existen en las rocas y que revelan el lugar adonde llegaban las inundaciones, son testimonio de los estudios que en aquellos siglos se hicieron con aquel objeto; muchos diques y canales inmensos, fueron construidos entónces; pero la obra magna de aquellos reyes, y á que dió cima Amenemhat III, fué el lago Mceris. Los pequeños receptáculos escalonados á lo largo del Nilo, no eran suficientes; á algunas leguas rioarriba de Menfis, una garganta de la cordillera libica daba paso á un valle en cuyo centro habia una altiplanicie, que confinaba por el occidente con un lago natural; encerrar esta altiplanicie entre gigantescos diques, que formaban un círculo de más de 30 millas, de modo que las aguas allí acumuladas, no pudieran bajar por la pendiente occidental, fué el propósito del faraon. Esta meseta estaba léjos del Nilo, pero al nivel del valle del río; dos canales con esclusas hacían comunicar al lago con el río y regularizaban la entrada y la salida de las aguas; si la inundación era excesiva el excedente entraba al Mceris; si no era suficiente la inundación, el agua reservada en el lago iba res-

tableciendo el nivel normal. Este regulador gigantesco estaba situado en el territorio que hoy se llama Fayun de *Ph'ium* (la mar); en su centro, Amenemhat y su mujer se habían erigido dos estatuas, sobre altísimos obeliscos colocadas y en sus orillas se levantó la ciudad de Cocodrilópolis. Herodoto atribuíala la construcción del lago al rey Mæri; equivocación que provino del nombre de aquella obra *Mæris*, que, en egipcio quería decir *lago*.

Amenemhat III no se contentó con esa obra magna; á orillas del Mæris edificó un palacio, cuya fachada, por su extraordinaria blancura, parecía de mármol, y que se componía de un número inmenso de habitaciones ligadas por pasadizos, tan hábilmente dispuestos, que una vez dentro de ella era imposible hallar la salida. Este edificio estaba destinado á guaaadrr, al abrigo de los insectos, en la oscuridad de sus salas, los ojetos que servían para el culto. Convertido en templo á la muerte del faraon, tomó el nombre de *templo situado á la entrada del lago*, *Lope-ro-hount* de donde hicieron los griegos *Laberinto*. El nombre de Amenemhat estaba completamente olvidado cuando los griegos pudieron admirar sus obras y Herodoto atribuyó la construcción del Laberinto á Psammetik y á sus once rivales. Las investigaciones modernas han revelado el verdadero nombre del autor.

La vida del pueblo egipcio en aquellos tiempos, nos es perfectamente sabida; conocemos, por la autobiografía de un nomarca descendiente del Numhotep, en cuya tumba se halla el bajorelieve de los inmigrantes, el grado de prosperidad á que habían llegado los *nomos*, y que su gobierno era hereditario con el consentimiento del rey. Las memorias de Sineh, ya citadas, nos hablan del amor del pueblo por sus faraones y las planchas de la obra de Lepsius, (Dank. II.—CXX—CXXX) nos revelan hasta qué punto eran conocidas las artes y cómo se prac-

ticaban; labores de tierra, vendimias, fabricación del vino, escultura, vidriería, alfarería, carpintería, zapatería, tejeduría, &c., &c. todas eran industrias que habían llegado á un notable grado de adelanto. La escultura de esta época es la que más se acerca á la de la IVª dinastía, cuyas obras no han podido ser jamás igualadas. La literatura era la profesión por excelencia, pues que de la clase de los letrados (escribas) salían los generales, los ministros, los sacerdotes, los ingenieros, los gobernadores, &c. A este tiempo pertenece el bellissimo himno al Nilo, que conocemos ya por uno de sus fragmentos. (pág. 121)

XIIIª *Dinastía*.—Trece años despues de la muerte de Amenemhat III, subió al trono el tebano Sevekhotep, primer fundador de la décimatercera dinastía. Los nombres de los reyes que la compusieron en que están repetidos los de Sevekhotep y Nowerhotep, se encuentran mezclados con otros extraños, como el de Rasmenkho-Mermeschu, encontrado en las ruinas de una ciudad del Delta por Mariette. Mermeschu quiere decir *general* en egipcio, y este título parece indicar el reinado de algun soldado de fortuna; durante esta dinastía se dió varias veces el caso de que la sucesión al trono se normase por los derechos de las mujeres, como sucedió con Nowerhotep II, que era hijo de un simple sacerdote y de una princesa real. Por lo demas, el Egipto gozó de prosperidad; continuaron los trabajos hidrográficos y el arte, si bien en decadencia ya, ha dejado algunos bellos recuerdos de aquel tiempo, como la estatua de Sewekhotep III que posee el museo de Louvre.

Las ciudades del Delta van creciendo en importancia cada dia; la unidad de carácter de los monumentos en todo el valle del Nilo, y que datan de esta dinastía, indica que el Egipto vivía bajo un solo gobierno, y no estaba dividido en dos países independientes, como quiere Brugesh, ni dominado por los

hiksos, como Lepsius pretende. Segun se dice, esta dinastía duró 453 años y contó sesenta reyes.

XIVª *Dinastía*.—Con esta dinastía, que duró 484 años y contó setenta y cinco reyes, la preponderancia de Tbas sufre una interrupción. Xoís, situada en el centro mismo del Delta, fué la cuna de esta dinastía; los nombres de los reyes que la compusieron, yacen mutilados en el papiro de Turin y todo indica que fué ésta una época de revoluciones intestinas que produjeron la ruina del Egipto.

LOS HIKSOS

XVª, XVIª Y XVIIª DINASTÍAS

El Asia.—*Los hiksos*.—En el tiempo á que remontan las primeras noticias históricas, relativas á las poblaciones que habitaban el continente asiático, desde los macizos montañosos del centro hasta las orillas de los mares que hoy son el Caspio, el mar Negro, el Mediterráneo, el mar Rojo, el Golfo Pérsico y el mar de Arabia, una gran parte de la vida del Egipto había transcurrido ya, y los faraones veían de lejos aquellas multitudes, procurando establecer sólidas fortalezas, para preservarse de las incursiones y para conservar la colonia minera del Sinaí.

De estas poblaciones, algunas eran indígenas, varias eran grupos de tribus sin nombre conocido; otras, se distinguían entre sí, por cierto fondo comun de tradiciones. Estas tradiciones, analizadas por la crítica moderna, colocaban la cuna del género humano en una altiplanicie, de cuyos estribos bajaban cuatro grandes rios. Ese era el Eden.

La llanura de Pamir, situada allí, donde los montes Boltor se unen al Himalaya, y de cuyos muros montañosos se desprenden el Indus, el Helمند, el Amour-Daria y el Sir-Daria (Oxus y Yaxartes), es el sitio hácia donde parecen converger las tradiciones asiáticas. El país es hoy pobre y sólo se ven

algunos oasis, aquí y allí sembrados, que lo hacen propio para las tribus nómades. Arrojados los primeros hombres de aquella region segun la leyenda, descendieron de sus montañas y se establecieron al pié de ellas. Varios patriarcas los gobernaron; mas sus crímenes, atrayendo sobre ellos el castigo de Dios, hicieron perecer toda la raza en un espantoso diluvio y solo una familia escogida se libró de la muerte, para perpetuar la especie y repoblar la tierra.

Las tribus que se salvaron del diluvio asiático, cuyo recuerdo conservaron todas, emigraron, llevando consigo la idea del paraíso á sus nuevas patrias; unos lo colocaron en el monte Ararat y cambiaron sus cuatro rios en dos: el Tigris y el Eufrates; otros, en las orillas del Caspio, en la Frigia, &c.

Segun antiquísimas tradiciones estas regiones del Asia, han estado primitivamente pobladas, durante 1500 años, por tribus *scytas* (los primeros hombres). Probablemente estas tribus pertenecían á las razas ural-altáicas. Una parte de esta fracción de la especie humana colocó su cuna en uno de los valles de la Asia, cuyas pendientes eran riquísimas en fierro; un incendio fundió el fierro é hizo caer la barrera que separaba á los turanitas del continente. Entónces una parte tomó el camino del occidente y se deramó por toda la Europa; segun una opinion bien poco fundada, de esta primera emigración, son un resto los vascongados. Otros, declinando un poco al Sur, poblaron algunas comarcas del Asia Menor, y la mayor parte de ellas ocupó la mesa del Dekhan en la parte meridional del país que luego se llamó la India; otras se fijaron en las orillas del Tigris y del Eufrates. Estos dos rios bajan de los montes de Armenia, y despues de correr

1 Los pueblos primitivos, segun una observación de Spencer, dirigieron sus primeras migraciones de los países secos y áridos á los países húmedos. Así las llanuras desoladas del Asia Central fueron un foco de pueblos que se encaminaron en todas direcciones á las comarcas fluviales ó fértiles (Sociología.—V. I.)